

Presentación

El cuadro de Malevich que hemos utilizado como portada de este número de “La Mutua” representa una trabajadora del campo sin rostro. Una jornalera invisible, que supone una significativa metáfora del trabajo agrícola.

La construcción de la salud de los trabajadores ha sido una tarea que llevaba como premisa inicial la visibilidad social, literaria y médica de cuerpos, cuyo relato había sido ocultado durante siglos.

Cuerpos y hablas inexistentes, silenciados desde el mito religioso, olvidados en el gran relato histórico, desvirtuados por la lacrimosa literatura popular y opacos a la mirada médica.

Solamente cuando la “Triple Revolución” hace aflorar la problemática de “lo social” comenzaría la visualización de cuerpos, lenguajes, quebrantos y aspiraciones de trabajadores y trabajadoras.

Superación lenta y titubeante de silencios que, aunque en general mediatizados y colonizados por el discurso de los expertos –desde médicos a reformadores sociales–, permitiría la organización de las culturas occidentales sobre enfermedades y riesgos en el trabajo.

Este discurso sobre el trabajo tendría una especial y potente centralidad fabril e industrial como respuesta al propio protagonismo que los sectores de producción “secundaria” representaron en los tiempos de las dos primeras revoluciones industriales.

Las transformaciones posteriores del maquinismo y la institucionalización de nuevas potencialidades productivas, diferentes a las estrictamente fabriles, darían paso al traspaso de miradas y estrategias “obreristas” al mundo de los servicios y profesiones de cuello blanco. Para algunos países –a partir de la segunda mitad del novecientos– la salud, los riesgos y las enfermedades profesionales fueron cobrando una señalada presencia, coherente y paralela a la salarización generalizada de oficios y profesiones.

Por el contrario, el trabajo y actividad agrícola se mantuvo, si no al margen, si en una posición lateral con relación a este proceso de coberturas y estrategias relacionadas con la salud laboral, dando la impresión de que su pretendido carácter productivo residual producía, a su vez, cuerpos residuales, cuerpos invisibles a los que se les apartaba o “ladeaba” de los escenarios canónicos de las enfermedades o riesgos en el trabajo.

Durante casi dos mil años el discurso sobre el trabajo agrícola estuvo preñado y pervertido por imaginarios mitificantes de “alabanza de aldea”. Actividad amada por los dioses y sostenida desde cuerpos endurecidos y frugales, por los que resbalarían al igual que las fatigas, las aguas, los fríos y calores agobiantes, los cuidados de la medicina. En último lugar, sus enfermedades comenzarían, al hilo del XVIII, a ser percibidas como el resultado de la miseria.

Miseria alimenticia, social y cultural, que nosotros emblemizamos utilizando la denominación que Gaspar Casal emplease para la pelagra, el “mal de la rosa”, como símbolo de un proceso morbígeno anterior a las condiciones de trabajo.

Una vez producido el desatascó de la pobreza y la miseria rural por medio del desarrollo económico y social de la modernidad, hemos vuelto otra vez al discurso beato sobre la vida y el trabajo en el campo.

Discurso beato e ingenuo que se ampara –como no podía ser de otra manera– en estadísticas de siniestralidad y en la utilización espúrea e interesada de los índices de nivel, consumo y calidad de vida, ejemplificados con la expresión “...*Nunca se ha vivido mejor en el campo que ahora...*” Tremenda equivocación y tremenda falsificación de la realidad.

Solamente nos vamos a detener en dos escenarios del trabajo agropecuario. Los magníficos artículos de los colaboradores de la Revista abundarán en un panorama más amplio en el que se podrá comprobar la falsedad de cualquier idealización sobre lo que realmente está ocurriendo.

En primer lugar, el trabajo agrícola es, en la actualidad, el que estaría desencadenando un mayor umbral de deterioro músculo esquelético, no solo por operaciones repetitivas, sino por el manejo de cargas y la fatiga muscular integral, pura y simple. Hablar en las labores agrícolas, desde las tradicionales a las cadenas de los mataderos cárnicos y avícolas, los cultivos de invernadero envasado de cítricos, de Ergonomía, será poco menos que hablar de ciencia ficción.

En segundo lugar, la actividad agrícola –más que cualquiera otra– constituiría actualmente, el escenario de trabajo más tóxico y contaminante, desde el punto de vista de la enfermedad profesional. Escenario además en general, opaco a la epidemiología, a los datos estadísticos e incluso, a la formación y preparación de los profesionales de la Vigilancia de la Salud y de la Prevención.

Podríamos terminar diciendo, repitiendo y subrayando que, en la actualidad, el trabajo agrícola en España estaría protagonizado por *trabajadores y trabajadoras invisibles para la salud laboral*. Trabajadores, como en el cuadro de Malevich, sin rostro, inexistentes. Unos por ser inmigrantes sin papeles, otros por ser autónomos, otros por ser opacos a la inspección, otros por ni siquiera estar informados de la legislación preventiva y social en general. Opacidad que, además, se agrava por las particularidades espaciales y territoriales de las explotaciones agrarias que hace que la estrategia operativa y logística de nuestra Ley de Prevención se encasquille totalmente cuando se trata de su aplicación en el campo. Pensemos que, entre otras cosas, toda nuestra estructura preventiva y de vigilancia de la salud está diseñada y pensada inicialmente para la industria y los servicios; al igual que el despliegue y recursos de la Inspección de Trabajo es casi exclusivamente un despliegue urbano.

Por último, agradecer como siempre, la profesionalidad de los expertos que han colaborado en este número de “La Mutua”, deseando que su meritorio esfuerzo contribuya a conseguir una mayor visibilidad de los riesgos y condiciones laborales de los hombres y mujeres nacionales y extranjeros, que trabajan en la agricultura española.

Rafael de Francisco López